

considerando «en la clase de los ciudadanos chiquitos».

¡Quién hubiera dicho a Santander que, antes de un año, Peñita, convertido en peñón más alto que el Avila, se reiría a su turno del Gobierno de Bogotá!

Se presenta la acusación contra Páez en el Senado y se le llama a Bogotá, y salta el doctor Peña, que hubiera dejado en zaga al más terrible miembro del Club de los jacobinos, y quien era ya el hombre de confianza del León de Apure, y le dice:

«Si vais a Bogotá os fusilarán como a Infante, aunque seais inocente, pues los llamados legalistas, que tienen por Jefe a Santander, necesitan de un golpe para escarmentar a los militares».

El cadáver de Infante se atravesó en el camino de Páez a Bogotá, y fué el primer golpe contra la vida de Colombia.

Todo parece indicar que el golpe de Valencia, el 30 de abril, se preparó con alguna anticipación. A oídos del Libertador llegaron los presagios de la inminente insurrección el 23 de abril, es decir, muchas semanas después de haber emanado de Caracas.

El bofetón dado por Páez a Colombia era una espléndida coyuntura para implantar la Confederación de los Andes. Ya se ha visto cómo Bolívar, meses antes de conocer los acontecimientos de Valencia, cuando lo que sabía era que a Colombia se le miraba en el mundo con admiración y que encabezaba a los pueblos de la América española, resolvió hundirla al dividirla en tres pequeños Estados autónomos. ¡Qué pretexto tan maravilloso se le ofrecía para realizar la disolución de aquella nación augusta!

El Libertador dice al Coronel Tomás C. Mosquera, desde Lima, el 1º de agosto, después de felicitarlo por el Acta de Guayaquil: «LOS SUCESOS DE VENEZUELA PRESENTAN IGUALMENTE UN ASPECTO LISONJERO, según los documentos que he recibido. El General Páez da fin a uno de ellos con las palabras siguientes: «El nombre del Libertador está escrito en el fondo de mi corazón» (1).

«Un aspecto lisonjero». ¡Oh cerebro enloquecido por la lisonja de los descendientes de los adoradores de Pizarro! La amargura de los recuerdos emponzoñados te hará ex-

clamar, años más tarde: «Páez cometió un verdadero crimen de Estado» (1).

Es probable que el General Páez no se aventurara a lanzar el grito de desafío de Valencia, que le expondría a ser aplastado por el enorme poderío de Bolívar, sino después de haberse enterado de la determinación de éste de fraccionar a Colombia en tres pequeños Estados.

Al informarse Bolívar, en los primeros días de julio, de la rebelión de Venezuela, ordenó al Gobierno de Colombia que por ningún motivo tratara de someterla y que aguardara hasta su regreso. A Páez no hizo excitación alguna para que reintegrara a Colombia, antes bien le alentó en su propósito de segregar a Venezuela, al declararle: «Yo deseara que con algunas pequeñas modificaciones se acomodara el Código boliviano a Estados pequeños enclavados en una vasta Confederación» (2).

Y poco razonable sería que Páez volviera a la obediencia del Gobierno de Bogotá en contra de los deseos de su egregio Jefe y amigo de que se disolviera Colombia para formar tres Estados pequeños. La esperanza del Gobierno nacional para someter a Páez era la influencia de Bolívar. Pero el León de Apure sabía a ciencia cierta cuál era el pensamiento del Libertador en cuanto a la conservación de Colombia; así, teniendo en frente a los formidables Urdaneta y Bermúdez en Maracaibo y Cumaná, y perdida la gran fortaleza de Puerto Cabello, espera a pie firme a Bolívar, de quien sabía muy bien que no perdía el tiempo con los que osaran obstaculizar su marcha. Vivos eran los recuerdos del llanero sobre el fin [de Miranda] y de Piar.

Al fin rompe el Libertador las deleitosas ligaduras que lo retenían en Lima, y emprende un viaje de millares de leguas para preparar los funerales de la República de Colombia y de la Constitución de Cúcuta e implantar la Confederación.

Anciano de corazón corroído por la asfixia de las etéreas cimas, que te alejas de las playas peruanas con una ofrenda de hiel para tu patria, ¿qué hiciste de aquel Capitán que

(1) O'Leary. Apéndice a las «Memorias», pág. 211. Bucaramanga, abril de 1828.

(2) Baralt y Díaz. «Historia de Venezuela». Edición de Curazao, tomo III, pág. 175. Carta de Lima el 8 de agosto de 1826. De idéntico modo se dirigió Bolívar al Coronel Tomás C. Mosquera y a otros amigos de Colombia.

del Avila al Tolima, del Chimborazo al Illimani, asombrara el mundo al estertor de los verdugos que su acero genitor de naciones derribara?

Ya ganados los hombres públicos del Perú y Bolivia al plan de la Confederación, se dirige el Libertador a Colombia en la convicción de que el futuro presentará también un aspecto lisonjero. «Nada temo durante mi ausencia, porque tengo mucha confianza en los actuales mandatarios», dice al General La Fuente. Cuál sería su seguridad, que promete volver al año para instalar el Congreso de la Confederación de las tres Repúblicas.

Al llegar a Quito discutió con los personajes más eminentes el proyecto de confederación, que sólo recibió aplausos, pues los ecuatorianos nunca fueron entusiastas partidarios de la Gran Colombia. A La Fuente dice desde Quito: «Hasta aquí he encontrado en todos los pueblos del Ecuador las más favorables disposiciones hacia este objeto (la Confederación) y espero que en mi marcha adelante encontraré las mismas ideas» (1).

Al pisar tierra colombiana en Guayaquil lanza su proclama a la Nación: «No haya más Venezuela, no haya más Cundinamarca». Tal parecía que su ideal fuese la unión de Colombia, pero a los pocos días coloca la primera piedra en la obra de hundir a la República. En Quito crea una Jefatura superior del Sur, y destila en los ecuatorianos la idea de acabar con la dependencia de Bogotá. Juan José Flores en 1830, al separar el Ecuador, sólo recogió las semillas esparcidas por Bolívar desde cuatro años antes.

La República de Colombia fué asaltada por legiones de agentes de Bolívar, enviadas por éste para promover las actas en desconocimiento de la Constitución de Cúcuta y en favor de la Dictadura. Poco inclinado estaría Páez a reconocer al Gobierno de Colombia, al ver cómo Bolívar hacía levantar actas por doquiera, desconociéndolo.

El único obstáculo serio para los planes de Bolívar era la actitud del General Santander, quien tronaba contra las actas en pro de la dictadura, que colocaban al país a merced de los jenizaros. Santander realiza el acto más memorable de su vida: ante el ídolo se yergue con el solo escudo de la Constitución y con la súplica al gigante por

(1) Paz Soldán, obra citada. Carta de 29 de septiembre de 1826.

NUEVA BOTICA DE SAN JOSE

MARIANO JIMENEZ R.

AVENIDA CENTRAL ESTE Y CALLE 5ª SUR

Surtido completo de Drogas, productos químicos, especialidades, productos farmacéuticos, artículos de tocador e higiene. TODO DE PRIMERA CLASE.

ESPECIALIDAD EN EL DESPACHO DE RECETAS

(1) Archivo Santander, Tomo XV, pág. 227. Existen varias otras cartas de Bolívar en igual sentido.

El Comandante de Armas del Departamento de Guayaquil, benemérito General Valdez, escribe a Bolívar el 8 de julio de 26: «Con motivo del suceso de Venezuela, nos hizo reunir amistosamente Illingroot, asegurándonos que era del agrado de usted la medida tomada por Páez, y que debíamos en esta Provincia hacer lo mismo o por lo menos reunir al pueblo y hacerle conocer que aquella medida no se oponía en nada a nuestra libertad. Así se verificó y se hizo el acta (la del 6 de julio)». O'Leary, tomo IX, pág. 440.

El Libertador supo en Lima lo de la rebelión de Venezuela el 6 de julio, y el mismo día declara en Guayaquil el General Illingroot, quien fué jefe de la escuadra colombiana en el Pacífico; que había llegado hacía poco de Lima y quien era amigo de confianza de Bolívar, que éste simpatizaba con la insurrección Valdez, Paz del Castillo e Illingroot, lanzan el grito de guerra y sería candoroso suponer que obraban sin órdenes de Bolívar.

El Secretario General del Libertador, General José Gabriel Pérez, al acusar recibo desde Lima del acta de Guayaquil del 6 de julio, dice que la rebelión de Páez no es contraria a la política del Libertador. (O'Leary, Documentos).